

Mundo desierto

El australiano Shaun Prescott demuestra una sabiduría extraña en esta primera novela

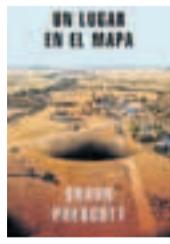
PABLO MARTÍNEZ ZARRACINA

Un joven llega a un pueblo de Australia. Sus pretensiones son escasas. Apenas encontrar una habitación que alquilar, un trabajo sencillo con el que ganar algo de dinero –lo consigue pronto: repone en un supermercado– y una cafetería y una biblioteca en las que poder trabajar en el libro que está escribiendo. Cuando Rob, el hombre que le alquila una habitación en su casa, le pregunta sobre qué trata ese libro, el protagonista contesta que sobre los pueblos que están desapareciendo en la región de Nueva Gales del Sur. El casero responde a eso que se va a tomar una cerveza.

La vida del escritor anónimo en el pueblo que tampoco tiene nombre es rutinaria, lenta y ensimismada, como si la realidad del mundo se limitase a unas cuantas calles y todo se detuviese en un tiempo presente y desgana. En el pueblo hay una estación de tren, pero nadie sabe cuándo dejó de funcionar. También hay un conductor de autobús que apenas lleva a nadie en su autobús.

El bibliotecario le explica al protagonista que allí nunca ha pasado nada importante. El resto de los vecinos se mueven entre la distancia, la indiferencia y cierta agresividad latente las noches de cervezas en el pub. Solo Ciara, una joven que pone música infrecuente en la emisora de radio municipal, parece tener algo que ver con la vida como la entendemos habitualmente en términos de ilusión, intercambio, recuerdos y esperanzas.

No entraremos en detalles, pero lo que va a ocurrir en ese ex-



UN LUGAR EN EL MAPA
SHAUN PRESCOTT

Trad.: Aurora Echevarría. Ed.: Literatura Random House. 233 páginas. Precio: 20,90 euros (ebook, 8,54)

traño pueblo de Australia tiene que ver, claro, con la desaparición, con la posibilidad de un mundo en el que los humanos vayan pasando a ser una especie de recuerdo. Shaun Prescott construye en su primera novela una fábula simbólica y oscura. Si su origen puede estar en Kafka, su tonalidad tiene mucho más que ver con Calvino y nos recuerda en ocasiones a libros exitosos del momento. Lo mejor es que de estas comparaciones Prescott sale bien parado. Su novela tiene, por ejemplo, más interés que los 'thrillers' apocalípticos de Christian Guay-Poliquin. Hay en 'Un lugar en el mapa' una sabiduría extraña para una primera novela. Tiene que ver con la calma, con la falta de precipitación y énfasis. Y adquiere su mayor mayor interés de una forma sofisticada, trasladando a la cabeza del lector una impresión que, de pronto, no parece en absoluto disparatada. Piénsenlo: tampoco es tan improbable que el mundo no termine con un estallido o con un suspiro, como anunciaba Eliot, sino con un encogimiento colectivo de hombros y un montón de gente que prefiere mirar hacia otro lado, aferrándose a la disciplina tranquilizadora del próximo minuto, evitando por todos los medios enfrentarse a cualquier clase de realidad mayúscula, final y complicada.

Un complejo viaje a los lugares ocultos del alma

IVÁN ORIO

John Banville (Wexford, Irlanda, 1945) firma un complejo viaje a los recovecos más ocultos del alma en 'Trilogía de Freddie Montgomery', tres obras protagonizadas por el personaje que da nombre al título –aunque en dos de ellas se lo cambia para evitar ser identificado– con hilos conductores de origen diferentes pero que al final forman parte de un mismo todo, con el arte como trasfondo alegórico y simbólico. 'El libro de las pruebas' (1986) y las hasta ahora iné-



TRILOGÍA DE FREDDIE MONTGOMERY
JOHN BANVILLE

Trad.: H. González y M. Temprano. Ed.: Alfaguara. 752 páginas. Precio: 26,90 euros (ebook, 14,24)

ditas en español 'Fantasmas' (1993) y 'Atenea' (1995), reunidas por Alfaguara en un solo volumen, constituyen casi un ensayo sobre la complejidad del ser humano y un recordatorio de que todo lo que se deja a medias en la vida resucita tiempo después en forma de sueños (más bien pesadillas) para atormentarnos. «Tuvinos nuestro momento. Eso me digo. Tuvinos nuestro momento, y pasó», reflexiona Morrow (Montgomery) en 'Atenea'.

'El libro de las pruebas', el que sirve a Banville –Premio Príncipe de Asturias de las Letras en 2014– para perfilar y dar forma a Montgomery, es una extraña novela negra en la que este personaje ingenuo y oscuro escribe sus vivencias desde una celda tras asesinar a un ama de llaves y robar un cuadro en la mansión de una familia amiga. En 'Fantasmas' el autor irlandés rodea a Montgomery de secundarios excéntricos, mientras que en 'Atenea' extrae su faceta más pasional y atormentada. Hay que leer con la máxima concentración a Banville, enemigo de lo superficial incluso en los pasajes más delirantes.

EL TALISMÁN DE LA COSTURERA

CIRO GARCÍA



Realidad, sueño, alucinación, recuerdo

Con Cartarescu me pasa muchas veces: no llevo un tercio leído, y ya tengo la necesidad de hablar del libro. A Cartarescu hay que leerlo despacio, y, a menudo, releerlo antes de avanzar. No porque sea difícil, sino porque a veces, acabado el párrafo, tienes la necesidad de revisarlo, no hayas perdido un detalle, o por el mero gusto de volver a ver lo que acabas de ver. Aunque seguramente, lo que veas, solo sea parecido a lo que acabas de ver, no exactamente igual. Ver es el verbo más adecuado, en la mayoría de las ocasiones que no en todas, para describir la experiencia de leer a Cartarescu. Ver en muchos sentidos, pero sobre todo en ese sentido –creo haberlo leído alguna vez, pero puedo estar equivocado– que comparten los griegos antiguos y los japoneses cuando dicen «he visto un sueño». Que me parece más adecuada que el mero soñar, que también podría aplicarse a la lectura de Cartarescu con un grado incierto de exactitud. Leer a Cartarescu es un poco

soñar –por eso hay gente a la que puede resultar tremendamente perturbador–, aunque no del todo. Dejémoslo, como he propuesto, en ver un sueño. Y aún así esto es reduccionista, simplificador.

Quizás la mejor definición de 'Cegador', tanto de 'El ala izquierda', el primer libro, como de este segundo, 'El cuerpo', que ahora me ocupa, así como de 'Solenoides', incluso de 'Nostalgia', y 'Lulú' –de hecho, es difícil escindir la obra del rumano, a menudo encuentro, borginamente, que hablar de uno de sus libros es hablar de todos los demás–, es un concepto que se repite en los textos, al menos en 'Cegador' y 'Solenoides': el continuo realidad-sueño-alucinación-recuerdo ('rsar', en adelante). Algo que en muchos sentidos se parece a lo que Douglas Hofstadter llama un bucle extraño.

Prosa en bucle

Un bucle extraño se representa visualmente como una cinta de Moebius, cuya superficie continua es interior o exterior según



El escritor rumano Cartarescu. **IGNACIO PÉREZ**

el tramo, o esas escaleras que dibujó Escher, en las que subes al principio para acabar bajando al lugar de partida. O como el ca-

non de Bach, que, subiendo, no deja de volver al mismo punto. En lógica, el bucle extraño, son las paradojas del estilo: «es verdad

que esto que digo no es verdad» que tienen su culmen en los teoremas de incompletitud de Gödel, que hablan de lo indecible.

Así, la cinta de Moebius del 'rsar' nos lleva de un pulgón visto por un niño a través de una lupa, a una tarde en que su antepasado, capitán de bomberos, participa en un desfile en una Bucarest de principios de siglo, burguesa como solo lo pueden ser las novelas burguesas de la época, a la visión, o la vivencia visionaria, de este capitán de bomberos, que a su vez nos conduce al nacimiento de un secta rusa en tiempos de Catalina la Grande, de donde volvemos a la visión, y a lo que el niño ve en la lupa... Todo esto con fluidez maravillosa, y no necesariamente en ese orden, si no que a veces, a lo largo del libro uno y otro momento se solapan.

Si fuera tan simple... Porque el bucle incluye el libro. Se nos dice, una y otra vez, como se está escribiendo el libro que estamos leyendo, y aunque el tomo que tenemos en la mano dista mucho de parecerse a esa medusa rectangular que describe el narrador, no podemos evitar sentir, en destellos mínimos de algo que se parece a la lucidez, pero que podría ser su opuesto, que nosotros, que sujetamos ese libro, estamos de algún modo en él.